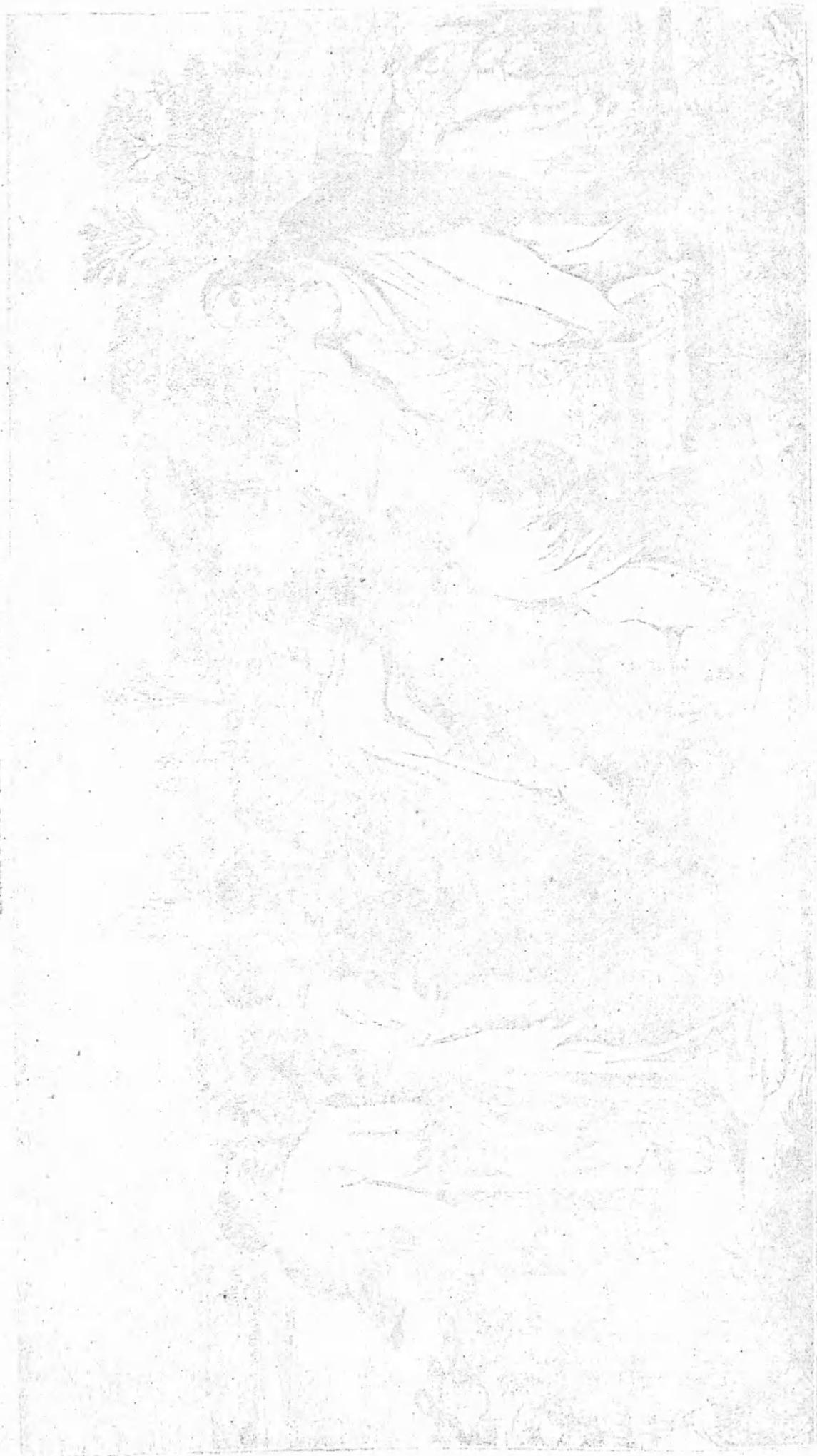


CRISTO ENTREGANDO LAS LLAVES A S. PETERO.

LOS CARTONES DE RAFAEL.

СЪСТАВЪ НА КОМПЕТЕНЦИЯТА

ИСТОРИЧЕСКО-ПРАВОВИЕ СЪСТАВЪ НА КОМПЕТЕНЦИЯТА



BELLAS ARTES.

LOS CARTONES DE RAFAEL.

II.

El asunto de este cartón es el siguiente: Después de haber tomado una escasa refacción con sus discípulos en el camino de Cesárea de Egipto, partió J. C. con ellos á seguir el curso de su predicación; y hallándose solos en el camino, les preguntó: "¿Quién dicen las gentes que soy yo?" Los apóstoles le respondieron: "Unos dicen que eres Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que eres alguno de los profetas que ha resucitado." Jesus entonces les preguntó: "Y vosotros ¿quién decís que soy yo?" Simon Pedro, como cabeza del apostolado, respondió inmediatamente: "Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo." El Salvador miró á su fiel apóstol, y le dijo: "Bienaventurado eres, Simon; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi padre que está en los cielos; y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A tí te daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos."

Nuestros lectores observarán que la acción y expresión de este asunto, por mas solemnes, patéticas y misteriosas que sean las palabras en que la escena está referida, no tiene la variedad de circunstancias necesarias para la composición de un cuadro grande; y todo otro artista que el de Urbino se hubiera hallado sumamente embarazado en trazar una representación gráfica con tan escasos materiales. Pero Rafael tenía el don feliz de hacer jugar todos los sentimientos humanos en el teatro de su arte, estando su inventiva siempre pronta á dar variación á la escena por medio de la diversidad de caracteres, á cada uno de los cuales le comunicaba una expresión tan justa como bien apropiada.

El Redentor está aquí representado como era debido, á una distancia moderada, y en una actitud de sencillez magestuosa. Con una mano señala á la manada de ovejas traídas al cuadro por el artista, aludiendo á aquellas memorables palabras con que el Salvador se dirigió al mismo apóstol en otra ocasión: "Apacienta mis ovejas;" y con la otra entrega las llaves al fiel Simon Pedro, el que arrodillado, las recibe con suma reverencia. Los demás apóstoles están formados en un grupo compacto, como su número requería; uno con la mano estendida y abierta parece penetrado de todo el misterio de aquellas palabras, y mira á Pedro como vicario del divino maestro, mientras que el amado Juan, juntas las manos, parece querer acercarse á Cristo expresando en su inocente rostro el afecto de que está animado. Detrás de Juan está otro apóstol, como al tanto con lo que está pensando; y á su derecha hay otro discípulo que le mira para llamarle la atención, señalándole al maestro con una mano. Cada cabeza en el grupo tiene su expresión peculiar, y expresada en una fisonomía apropiada. Unos dan á conocer su aprobación en la preferencia dada á Pedro, mientras que en otros se traslucen algunas señales de envidia; porque Rafael no solo era pintor, sino filósofo, que conocía bien al hombre; y si en la calidad de artista revistió á cada uno de los discípulos con el porte y decencia exterior que convenia á unos hombres escogidos para ser los ministros de la ley de gracia, también conocía

AÑO VII.

como sabía que la naturaleza de aquellos discípulos no estaba todavía purificada de las debilidades humanas. La expresión del Salvador es verdaderamente sublime y hermosa, mostrando en su semblante todas las circunstancias que habian de acompañar á su divina misión en el mundo; el abandono que Israel iba á hacer de él, el cáliz amargo que habia de beber, y el triunfo final sobre la muerte y el pecado. Rafael ha dado á Jesucristo en esta ocasión un traje diferente de aquel con que generalmente está representado, y en las manos y pies las señales de su futura crucifixión. Todo el cuadro está tan naturalmente delineado, que no es fácil imaginar que el acontecimiento que indica pudiera haber sucedido de otro modo que el en que está representado.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

DON JUAN EL TUERTO,

EL BANQUETE Y EL SUPLICIO.

SIGLO XIV.

I.

La Peña de Martos.

HABIA amanecido el día treinta después de la muerte cruda y afrentosa de los hermanos Carvajales, y su sangre, enrojeciendo todavía las crestas y puntas del peñon que toma su nombre de esta villa, cabeza frontera del orden de Calatrava, en Andalucía, apartaba con horror á sus trémulos y confusos habitantes de aquel sitio, apellidado hoy *La Cruz del lloro*, donde es fama haber caído sin vida los despedazados cuerpos de ambos reos, y perdiéndose á la vez el eco de su terrible amenaza contra Fernando IV de Castilla. No faltaba, empero, alguno, que movido de sobrehumano y agorero presentimiento, recordase á la plebe el término fatal, próximo á cumplirse, y encaminando sus pasos al castillo, que domina la población, y servia de morada al príncipe y á su corte, esperase á sus puertas la hora de medio día, que parece haber sido la del suplicio de aquellos infelices, sin dar crédito á lo que sus propios ojos veían en los semblantes de todos, á la bulliciosa alegría que reinaba en palacio, y á las nuevas recién-llegadas de los reales del infante D. Pedro, general en la guerra de los moros, á quienes acababa de rendir y desbaratar en los campos de Alcaudete, tomándoles por fuerza la villa con sus pertrechos, guarnicion y castillo, y obligándoles á recogerse hacia la frontera de su reino de Granada, con grave pérdida de sus gentes y de considerable botín.

Bien pronto la curiosidad de unos pocos y la algazara de los guardias del rey, ansiosos de abandonar á Martos y acompañarle en su vuelta á Córdoba, donde se disponían comidas, torneos y festejos públicos para celebrar la victoria del infante; atrajo numerosa muchedumbre en derredor del alcázar. Disponíase S. A. á tomar después de la comida el acostumbrado descanso, y dadas que fueron las oportunas órdenes al Merino mayor y gefes de palacio para disponer la partida al siguiente día, retiróse á su aposento.

Nadie pensaba en el plazo de los Carvajales, y ni las preocupaciones de aquellos tiempos rudos é ignorantes fatigaron mucho la imaginación del vulgo, observando que declinaba el sol hacia su ocaso, y que Fernando IV respiraba aun sano y salvo cerca del sitio de la ejecución san-

6 de marzo de 1842.

gienta, sin que la venganza celeste se apresurase á cumplir el voto de los ajusticiados.

Pero ¡oh sorpresa! apenas hundido tras el lejano horizonte el astro del día, y cuando sus últimos rayos, iluminando los bordes de la Peña Fúnebre, vibraban con rojizo resplandor, sobre la mansión del rey, imprimiéndose en los sacomidos torreones un colorido mágico y sorprendente, un grito agudo, extraordinario, salido al parecer de las quiebras de la muralla, hiela y petrifica la recelosa plebe: síguese un movimiento interior en el alcázar: todos se hablan al oído, se encuentran, se imponen silencio con ademanes y gestos incomprensibles; la guardia se redobla, cubriéndose el vestíbulo de lanzas y partesanas, alzáse el rastrillo, y todo parece dispuesto á sufrir un asedio ó muestra alguna resolución nueva é inesperada.

Aumentase la confusión que reina en el castillo al escucharse cerca de sus bastiones el sonido de una corneta. Un gacete armado de todas armas se muestra al pie de la columna, que sustenta la fortaleza; salva con su corcel los ruecos que á ella guían, aplica á sus labios otra vez el débil instrumento, y la guardia del príncipe le abre paso,

dejando antes caer el puente levadizo. Apéase en el átrio, saca un rollo de pergamino, que entrega al capitán de los ballesteros, á tiempo que la afanosa muchedumbre, instigada por la curiosidad, aprovecha el descuido de los centinelas, salva las poternas, y se lanza tras el desconocido mensajero, que escuchando ciertas palabras del jefe de la guardia, y creyéndose solo y sin testigos importunos, esclama con acento de terror: — “¡El rey es muerto!”

Atónita la multitud retrocede, tiembla y huye despavorida por las revueltas de la montaña diciendo: “¡Cumplióse el plazo!... Eran inocentes; ¡Hé aquí el juicio de Dios!...” Cunde por todas partes la horrible novedad; los ánimos parecen sobrecojidos; el espanto, la ira, la compasión se apodera de los trémulos habitantes de Martos. No es una quimera, una ilusión fantástica. Fernando de Castilla ha comparecido ante el tribunal del Eterno en el mismo día señalado por sus víctimas, para dar la estrecha cuenta que les negó su injusticia. Traécanse en lutos y sollozos los festejos y alegrías de la victoria de Alcaudete. De hoy mas, ella se traerá á la mente con horror á vista de la Peña Funeral.

(Se continuará.)

HISTORIA NATURAL.



LOS BÚFALOS DE LA MAREMMA.

En las obras de geografía se designa bajo el nombre de Maremma aquella comarca del gran ducado de Toscana que baña el Mediterráneo; pero en realidad debe comprenderse bajo el mismo nombre la campiña de Roma, porque la naturaleza es enteramente igual en un punto que en otro.

Durante la mitad del año, aquella vasta estension de costas que se desarrolla en una longitud de cerca de cien leguas, se halla desierta por consecuencia de la terrible plaga, conocida por el nombre de *mal viento*. Los viajeros que la han atravesado en aquella época, solo han visto una llanura abandonada, han tomado por eriales las tierras de descanso, y si por casualidad alguna vez que otra han encontrado un campesino, su presencia solo servía para hacerlos partícipes de las profundas impresiones de la funesta influencia de aquel clima.

Sin embargo, la Maremma suministra alimento á me-

dia Italia: su suelo es rico y productivo, y en el tiempo en que las malignas fiebres dejan de molestar á sus habitantes, se apresuran estos á arrebatarse á la tierra las riquezas que en su seno oculta. “Entonces se ven, dice Mr. Didier, viajero que acaba de describir aquella comarca pintoresca, cien arados colocados de dos en dos, y tirados hasta por cuatro pares de bueyes salvajes, labrando de frente un campo de dos á tres leguas. De tales sementeras, tales cosechas. Las tierras, despedazadas por medios tan poderosos, ni son ingratas ni rebeldes, y no en vano se abra su fecundo seno. Llegada la hora de la cosecha, una plaga de segadores descendidos de la montaña inunda la llanura, y su soledad se ve repentinamente poblada. Allí todo es súbito, todo repentino; el arte de las transiciones es, por decirlo así, desconocido: por la mañana se ve un inmenso baldío, por la tarde un campo cultivado; hoy una campiña dorada por las mieses, mañana un árido barbecho.

En el estío, interin los ricos propietarios se retiran á lo interior de las montañas despues de terminada la recoleccion, los pastores, para resistir á las enfermedades que reinan en las llanuras, se refugian en los bosques, donde es mas fácil evadirse de la muerte. Allí suelen tambien encontrarse algunos criminales, que por salvar su cabeza de la persecucion de las leyes la entregan á las contingencias de una atmósfera mortífera, y aceptan de los arrendatarios de aquella comarca los encargos que á cambio de la hospitalidad los quieren confiar.

La Maremma de Toscana y la campiña de Roma son los lugares de Europa mas á propósito para la cria de búfalos, los que sin perder su ferocidad natural, viven en piaras y sujetos á la voluntad del hombre. El aspecto de aquellos animales, la formidable longitud de sus cuernos, sus formas macizas, y la rapidez de su carrera, contrastan singularmente con el orden y regularidad que reinan en las piaras: allí se demuestra hasta el grado eminente el imperio de la inteligencia sobre la fuerza bruta. "Lo mas grandioso que hay en la agricultura de los Maremmos, á mas de la recoleccion, dice el mismo Mr. Didier, es el gobierno de sus piaras. El pastor allí no es mas indígena que el la brador: como él, desciende de las montañas, en la estacion de las nieves, y vuelve á subir á ellas en la primavera, llevándose consigo sus ganados. El mayoral, rey del desierto, se pasea como rey en el recinto de su imperio. Caballero en un magnifico alazan y con su lanza empuñada, mide con su vista ardiente un horizonte sin limites, y nada se escapa de su vigilancia. Desgraciado el toro rebelde, el novillo revoltoso que introduzca el desorden en la piara: el aguzado hierro se tije en su inflamada sangre; vuelve confuso á su lugar, y vencida su brutal indocilidad, reconoce en el hombre á su dueño, y sufre su yugo con silencio." El grabado que vá á la cabeza de este artículo representa dos búfalos que habiendo desertado de sus toradas son conducidos á ellas por los mayores. Para llevarlos á la poblacion los unen de cuatro en cuatro bajo un mismo yugo, y así los tienen mientras permanecen en poblado ó sus inmediaciones. Si así se verificase en todas partes, podrian evitarse algunas desgracias que, aunque no muy repetidas, no por eso dejan de ser desagradables. No hace mucho tiempo referian los periódicos de Paris el lance ocurrido con un buey que vagando por las calles de la capital, volviendo la cabeza al llegar á la tienda de un mercader de espejos, y viéndose por todas partes retratado, creyó ballarse en medio de su vacada, y queriendo abrirse paso por entre cada espejo, dió al traste con los mas preciosos.

Algunos búfalos de Italia presentan un aspecto formidable, y están muy distantes de dar una idea de los que habitan en las Indias Orientales y los pantanos de Bengala. Estos, sobre todo, son de temer, cuando llegan a la vejez, porque entonces buscan con ansia la soledad, y arrostran cualquier peligro por castigar al imprudente que trate de molestarlos en su asilo: la fuga á pie es imposible, y aun á caballo es difícil, y mas si el terreno es pantanoso.

Algunos búfalos llegan á tener en la vejez hasta seis pies de altos; y los cazadores los temen tanto como á los tigres. No puede derribárselos no hiriéndolos con bala en el pecho ó en el lomo: muchas veces acontece enfurecerse un búfalo viejo por consecuencia de una herida, y lanzarse sobre el elefante, que conduce al cazador; pero esta temeridad suele serle fatal, dice el viajero que refiere este hecho; porque al var en tierra al búfalo, lanzando un espantoso rugido, es para un elefante aguerrido operacion muy hecha.

INDUSTRIA ESPAÑOLA.

EXPOSICION DE 1844.

A PESAR de haber dado por concluida nuestra reseña de la exposicion con el último artículo, inserto en el número 2 del mes de enero, no podemos menos de añadir el siguiente para dar á nuestros lectores una noticia siquiera general de los muchos objetos que llegaron á la exposicion, despues de aquella reseña, procedentes de las fábricas de Cataluña y otros puntos del reino.

Entre los productos de algodón, observamos notables en la clase de hilados los de la fábrica de los SS. Font y Vilaregut de Barcelona, que han presentado gran variedad de muestras arregladas con un orden que manifiesta las progresivas manipulaciones porque pasa el algodón desde que sale de la mano del cosechero, hasta quedar convertido en hilo para tejer, coser y demas usos. El surtido de hilados y torcidos, que presentaron desde el número 22 al 100, y las husadas del hilo obtenido con los desperdicios de las cardas, confirman las mejoras que han alcanzado estas industrias en España.

En el ramo de tejidos de esta misma hebra, los SS. Llaboy y Vigo, D. Salvador Juncadella y otras fábricas de Barcelona, han presentado nuevas muestras de hamburgos, elefantes, guingos y otras suertes de tejidos, doblados con mucha simetria, mejorada su calidad y disminuidos sus precios; y D. Juan Vilaregut ha presentado finas muestras de piqué para chalecos.

Los SS. Juncadella y Prat, hermanos, han presentado de su gran fabricacion de tejidos de mezcla una estensa y variada coleccion de pañolones alombrados, vânuas, ropas de estambre para pantalones, driles de hilo y otros tejidos muy variados y de muy buen gusto.

En el ramo de pintados y estampados de algodón, los SS. Achou y Puigmartí, D. Valentin Esparó y D. Domingo Serra han enviado gran surtido de indianas para cortinages, vestidos, luto, campo-blanco, varios colores, maracolados, y otros estilos notables por su colorido, por la limpieza de la impresion, buen gusto y variedad de muestras.

Don Antonio Deu de Barcelona ha enviado un surtido de cintas y placas de carda para lana y algodón, trabajadas mecánicamente con una perfeccion admirable.

La fábrica de hilados y tejidos de hilo de D. José Font y compañía, de Barcelona, ha presentado telas muy finas, rica manteleria, pañuelos y otros tejidos de esta clase, y las fábricas de los SS. Negriell y compañía, D. José Lurana y D. Francisco Fraxeras y Amigó han aumentado con sus remesas la coleccion de sederias que ya admiraba antes el público por la abundancia, variedad y delicadeza de sus productos.

En las salas bajas del Conservatorio hemos visto espuestas los últimos dias las máquinas y demas artículos de hierro, procedentes de los talleres de fundicion y construcción de D. Valentin Esparó, de Barcelona, que han llamado nuestra atencion por la importancia que reconocemos en este ramo de industria que consideramos esencial. El hierro liquidado por la fuerza del calórico se veia allí transformado en mil objetos diversos que contribuyen todos á aumentar las comodidades del hombre y el desarrollo de las artes. La coleccion enviada por el Sr. Esparó contiene objetos de utilidad para todas las clases é industrias del pais. La prensa hidráulica, las bombas, el molinillo para café, el cabestante, los aparejos, la máquina para desgranar las

mazorcas del maíz, y los demás que dejamos de enumerar lo justifican estensamente. Además de los productos de fundición y construcción, se observaba un muestrario de las muchas clases de tornillos de rosca para madera que se fabrican en el taller especial que al efecto se halla montado en aquel establecimiento, de suerte que el Sr. Esparó ha concurrido á la Exposición con productos de cuatro fabricaciones á cual más importantes; como fundidor de hierro y cobre y constructor de máquinas, ha dado muestras de que sus establecimientos son de lo más considerable que hay en España, y aun exceden á muchos del extranjero: como fabricante de tornillos de rosca para madera, libra á las artes españolas de la dependencia extranjera, y como fabricante de indianas, ostenta estar familiarizado con los mejores procedimientos en estamparlas y realzarlas con la propiedad, permanencia y viveza de los colores.

No hemos podido menos de detenernos en mencionar tan recomendables calidades, porque consideramos útil al país ofrecer modelos de laboriosidad y constancia industrial, que á ser imitados pueden contribuir á la extensión y auge de la industria española, que tanto tiempo hace pugna para ponerse al nivel de la extranjera.

LA RABIA

LOS SALUDADORES (1).

Ham... ham... huid que rabio.

En tiempo de D. Juan el II de Castilla hubo un poeta llamado Juan Rodríguez del Padrón, que se enamoró elegantemente de una dama de palacio: pero el pobre Rodríguez no tenía más que su lira (y esa probablemente empeñada); así es que la dama se mostró insensible á sus trovas y á sus lamentos; es decir, que le dió calabazas en prosa y en verso. Desesperado el buen Juan, determinó irse con la música á otra parte, y en efecto pasó el charco, y fue á dar con su cuerpo en Jerusalem; allí para remate de fiesta, se metió fraile francisco, por tener el gustazo de darle calabazas al diablo. Pero antes de meterse fraile compuso por despedida una especie de elegía, en la que para manifestar su dolor, figuró que estaba rabioso como un perro, y principió su composición con aquellos célebres versos.

"Ham... ham... huid que rabio."

Infiérense de aquí dos cosas: primera que los hombres rabian (¡ojalá no fuera cierto!); segunda que el amor tiene cosas de perro, pues hay personas que rabian de amor. En prueba de esto tenemos nada menos que el testimonio de dicho poeta, que según reglas de sana crítica no es un gran dote de años. Otros muchos casos pudiera citar muy parecidos al de Rodríguez; pero como no es mi ánimo escribir una disertación académica, me contentaré con referir uno que pasó no hace muchos años.

En un pueblo poco distante del mío se le antojó á una hija de un mayorazgo enamorarse de un oficialito que acababa de llegar con licencia temporal. El padre se opuso á que pasasen adelante aquellos amores, alegando que la ho-

da no era igual, que el oficialito tenía fama de calavera, y que por esta razón aun no había llegado á capitán, á pesar de sus servicios. Pero según voces la razón principal de la oposición del padre era porque pensaba casar á su hija con un primo, también mayorazgo de un pueblo inmediato. La Rosita (que así se llamaba la novia) no ponía mala cara al primo; pero luego que vió la cascaca de colores, mudó de parecer. Se me figura que el brillo de las charreteras ejerce en las mujeres la misma fascinación que el espejuelo en las alondras; ello es que en habiendo charreteras por medio, ¡dichos amores paisanos! Ello sí, como están acostumbrados á mandar reclutas, pero, vaya, esto no es del caso.

Pues señor, iban días y venían días, y la Rosita cada vez más ciega por el oficial, y ambos pasaban la vida haciéndose muercas por el día, y cojiendo constipados por la noche; hasta que de pronto desapareció el oficialito sin que se volviera á tener más noticia de él, que si lo hubiera tragado la tierra. Creyóse al pronto que lo habían asesinado; otras aseguraron que se había tirado al río, pero el mayorazgo tuvo á pocos días noticias fidedignas, de que había ido á casarse á un pueblo distante, donde había estado de guarnición, y en el cual tenía un *quebradero de cabeza*.

La Rosita al pronto no hizo caso de estos rumores, pues sabía que el oficial había sido enviado á llamar precipitadamente á su regimiento; pero los días pasaban, los rumores del casamiento iban tomando cuerpo, y lo peor de todo era, que no recibía carta ninguna de su fugitivo. En eso la Rosita era hija única de viudo, y mayorazga, criada con mucho mimo, y por consiguiente violenta en sus pasiones y caprichosa. Viéndose abandonada de su galán, hecha el ludibrio de su lugar, y el blanco de las persecuciones de su padre, que se había constituido en interceptor secreto de la correspondencia, cayó en una violenta melancolía; perdió el apetito, se puso pálida, y aun se temió que el amor no le dejase muy sana la cabeza. Ni los halagos del padre (ya más benigno), ni las recelas del albeitar servían para aliviarla. Se obstinaba en no contestar á lo que le preguntaban, *hipocondría*. Hablaba á solas y reía descompasadamente, *locura*. Tenía horror al agua fría (era en invierno), *hidrofobia*. Las tías del lugar decían simplemente que aquella niña tenía *alferecía*, y eso que acertaban.

Oyó el padre la palabra *hidrofobia*, y retrocedió desparvorido: su hija, su hija única, estaba rabiosa, y él tenía la culpa! Entonces maldijo su abstinción en casarla con su primo; lamentó su conducta, y aun llegó á manifestar entre dientes deseos de haberla dejado casar con el oficial.

— Casela V. con él, le dijo el médico, y verá V. como se pone buena.

— Pero hombre, si ese *mequetrefe* se ha casado ya con otra con quien estaba comprometido.

— Y si no se hubiese casado?... replicó el médico con viveza.

— Entonces haría lo que me pareciese mejor.

— Pues bien, Señor mío, supuesto que V. se empeña en ello, debo manifestarle sin rodeos, y dejando á un lado todos los artificios, que lo que tiene su hija de V. es una *hidrofobia*. Tendrá V. pues la satisfacción de verla morir muriendo.

— Virgen del Tremedal; voy á buscar un *saludador*.

— Haga V. lo que guste.

Buscóse en efecto un *saludador*, y tres días después de la despedida del médico, ya se hallaba en casa del mayorazgo. Entre tanto la enfermedad de la niña había hecho rápidos progresos; y los conatos de arañar y morder iban en aumento. El mayorazgo se lo refirió así al *saludador*, el cual despreció todos aquellos síntomas, ofreciendo curarla muy en brebe. En efecto era un *saludador* espantosamente

(1) Llámense así aquellos sujetos en quienes la preocupación del vulgo supone cierta virtud para curar el mal de rabia.

acreditado por todo aquel país. Tenía la rueda de Sta. Catalina perfectamente formada en la parte superior, ó cielo de la boca; solo que como aquella caverna es tan oscura, apenas se veían mas que algunas líneas confusas. Tenía una cruz en el pecho, á *palioilate*, y tan bien formada, que no parecía sino que la habían trazado con un alfiler. Además aseguraba él, que tenía una cabeza de perro perfectamente formada en el embés, lo cual se le creía bajo su palabra. Por lo demás era un hombre bastante tosco y grosero, y no muy limpio en sus expresiones.

—¿Y cómo piensa V. curar á mi hija? le dijo el atlijido mayorazgo.

—¡Toma!, como curo á todas..... á soplos (1).

—¿Pues qué? es acaso mi hija agua hirviendo, para soplarla!

—Y sabe V. acaso la virtud que tiene mi soplo?... venga una ascua de *lumbre encendida*.

En efecto trajeron al punto una gran ascua: el *saludador* la cogió con sus callosas manos, y la partió en dos trozos, manejándola sin dar señal de dolor. En seguida dejó una parte de ella sobre un plato y principió á echarle su hábito y á lamerla, cuidando siempre de alentar sobre ella, al tiempo de ir á tocar con la lengua.

—¿Qué hace V., hombre de Barrabás?

—¿Qué hago? (respondió el *saludador* después de repeler aquella operación unas cuantas veces): ¡mirélo V! y le enseñé el ascua apagada. ¿Qué dice V. ahora de mi soplo?

—¡Fuero de Dios!: sopla V. mejor que un empleado de policía. Pero hombre, tendrá V. la lengua llena de llagas.

—Nada de eso, si todo lo hace el soplo. A pesar de eso paseaba la lengua por la boca, y hacia algunos gestos que desmentían sus palabras.

Decidióse, pues, que se procediese á saludar á la paciente, después de haberse santiguado el *saludador* con un par de chuletas y un cuartillo de lo caro, por cada una: requisito indispensable para soplar en regla.

Irritóse Rosita en extremo al saber lo que se iba á practicar, pero el *saludador* se acercó á ella con paso firme, y reuniendo toda la fuerza de sus pulmones, le arrojó á la cara una gran bocanada de aire, rebozado de ajos y de Valdepeñas, capaz de adormecer al mismo *Bromio*, Dios del mosto. Quiso repetir aquella operación, pero al acercarse pególe Rosita tan estrepando bofetón, que le bañó las narices en sangre.

—¡Hola!, dijo el *saludador*; ¡á mí con esas, sobre que trato de volverle la salud! y le sujetó las manos con la mayor facilidad, á pesar de los esfuerzos que hacía la pobre niña para desasirse. Pero no le sujetó la boca, de la cual hizo uso para tirarle tan terrible dentellada, que le señaló toda la *herramienta* en el brazo, y le arrancó un pedazo de chaqueta. Soltó la presa el pobre *saludador* al sentir tan dolorosa impresión, maldiciendo su oficio, y protestando que el mal iba á ser incurable sino ataban al punto á la paciente.

—¡Atarme! gritó la Rosita; no faltaría mas! Vaya muy enhoramala el patazo á curar sus vacas, si las tiene— y agarrando un florero lo arrojó contra la cabeza del *saludador*, y no fue poca fortuna de este, que pudo huir el golpe.

—No hay remedio, repitió el malparado *saludador*, es preciso atarla, y soplarla mucho, porque el maléficio ha curado demasiado, y tiene ya dañado el corazón.

—Mentira, gritó un desconocido que entró de repente en la sala, esta enferma tiene el corazón bien sano.

—¿Y á V., compadre, quién le da vela en este entierro?

—Yo soy otro *saludador* que vengo á curar á Doña Rosita, y lo haré mejor que ese papanatas. Verá V. como á mí no me muerde aunque la tome la mano, y en efecto la tomó y la llevó á sus labios: Rosita temblaba de pies á cabeza, y gruesas lágrimas caían de sus ojos: su padre aturdido con tan repentina y misteriosa aparición no sabía qué pensar ni qué decir, y entre tanto el *saludador* dirigía alternativamente sus estúpidas miradas sobre el mordisco de su brazo y sobre el nuevo embustero que venía á intrusarse en sus funciones. El nuevo *saludador* se dirigió al padre y le dijo. «Señor, voy á volver la salud á vuestra hija, y por ello no exijo retribución alguna: vuestro rigor la afectó demasiado, y lo mismo sucederá en adelante si tratáis de forzar su voluntad. Únicamente pues pongo por condición para que su cura sea duradera, que no trateis en lo sucesivo de violentar sus inclinaciones, siempre que sean honestas.»

—Os lo prometo, gritó el padre con lágrimas en los ojos.

—Pues bien, podéis dejarnos solos un breve rato.

—¿Con qué objeto?

—Tengo que decirle unos exorcismos; entre tanto puede V. observar desde la cerradura de la puerta.

Hizose así, y poco rato después salió el nuevo *saludador* trayendo de la mano á la enferma, y ambos se postraron sumisamente á los pies del mayorazgo. El nuevo *saludador* era (como ya sospecharán los lectores) el oficial disfrazado, que no recibiendo respuestas de Rosita á las cartas, que por varios conductos le había dirigido, volvió otra vez al pueblo con licencia, y sabiendo por el médico lo que pasaba, se dirigió á casa de ella á tiempo que pudo presenciar desde la puerta la farsa del *saludador*. En el poco rato que estuvo á solas con Rosita, la convenció de la necesidad de presentarse ambos á su padre para obtener el permiso de casarse. Accedió este por fin, aunque con alguna repugnancia, al ver la repentina curación y las protestas y lágrimas de su hija, temiendo también que volviese á rabiar si insistía en la negativa.

Entre tanto el otro *saludador*, desconfiando sin duda de la eficacia de su soplo, rogaba al médico en la cocina que le cauterizase la llaga del brazo, para no contraer la *hidrofobia*. Acercósele entonces el oficial, y dándole una palmadita en el hombro, le dijo en tono socarrón: "compañero de virtudes y prodigios, ya puedes ir á soplar á otra parte, que por esta vez te soplo yo la dama."

V. DE LA F.

CAJA DE AHORROS DE MADRID.

AL tiempo de insertar en uno de nuestros números anteriores el Estado demostrativo de las operaciones de la Caja en el año que acaba de transcurrir, prometimos á nuestros lectores ampliar aquella noticia con algunas comparaciones que hicieran sensible el progreso ascendente de aquel benéfico establecimiento en los tres años que lleva de existencia, y hoy cumplimos nuestra palabra presentando á un golpe de vista el resultado final de cada uno de los tres años, por el cual se observará la verdad de nuestra observación, teniendo presente: 1.º Que desde mayo del año último se rebajó á 100 reales semanales la cantidad de 300 que antes se admitía, sin lo cual la suma ingresada hubiera sido otros dos tantos mas en el año de 84 f que en el de 840: 2.º Que el número de *puestas* en esta (que es la verdadera base para juzgar del favor del establecimiento), ha excedido en ochocientos treinta y una el de aquel: 3.º Que también es superior el reintegro pedido

(1) La iglesia en varios exorcismos prescribe que se sopla ligeramente sobre los enfermos. De aquí el vulgo pasó á dar una virtud física á lo que solamente era una operación simbólica, y los embusteros se aprovecharon de este error.

en 840 al de 841, á pesar de que habiendo llegado muchos imponentes á reunir en caja el máximo de 10.000 reales que se permite, van subiendo naturalmente los pedidos para aplicar este principio de capital á la industria ú especulación; 4.º y último, que el número de libretas abiertas ó existentes en fin del año de 1840 era de 1545 y en 1841 suben á 2.001, ó sean otros tantos interesados en la actualidad en el establecimiento.

Respecto á los otros datos que también añadimos de la distribución de dichos imponentes por clases, nada tenemos que añadir á lo que anteriormente hemos manifestado;

á saber, que dicha proporción es bastante lógica y natural, presentándose en mayor número la niñez, para quien todo es porvenir y esperanza; luego el sexo débil, en quien es natural el instinto de la economía; después los domésticos, los empleados, los militares, y otras clases; y por último (aunque en pequeña proporción todavía por la falta de instrucción y otras causas) los jornaleros; con que puede asegurarse que el pueblo de Madrid ha comprendido desde un principio el interés que le reporta la institución de este benéfico establecimiento.

ESTADO demostrativo de la Caja de ahorros de Madrid, desde el 17 de febrero de 1839 (día de su instalación) á 31 de diciembre de 1841.

AÑOS.	INGRESOS.	Número de puestas.	Nuevos imponentes.	Cantidades devueltas.	Pagos por saldos.	Pagos á cuenta.	Total núm. de pagos.
1839 desde el 17 de febrero.	1.329.159	7.130	1.151	92.461 12	70	92	162
1840.....	2.653.764	10.267	977	1.110.301 17	513	220	733
1841.....	1.997.148 28	11.098	972	1.062.311 9	516	212	728
	5.977.071 28	28.495	3.100	2.265.074 4	1.099	524	1.623

Clases y número de imponentes en la Caja de ahorros de Madrid en 31 de diciembre de 1841.

CLASES.	NÚMERO.
Jornaleros y Artesanos.....	97
Menores de ambos sexos.....	668
Mujeres.....	443
Domésticos.....	168
Empleados.....	150
Militares.....	101
Otras varias clases.....	374
	<u>2.001</u>

ADVERTENCIA.

El jueves próximo 10 de marzo se repartirá á los señores que se hayan suscrito hasta aquella fecha la primera entrega de la obra titulada ESCENAS MATRITENSES, por el Curioso parlante; cuya entrega consta de cuatro pliegos y medio marquilla y comprende los artículos ú escenas siguientes:

Introducción.—El Retrato.—La calle de Toledo.—La Comedia casera.—Las visitas de día.—Las cos-

tumbres de Madrid.—Los cómicos en Cuaresma.—La romería de S. Isidro.—Este con una lámina tirada aparte y en papel superior que representa la vista de dicha romería.

Sucesivamente y sin interrupción se repartirá una entrega cada jueves, de suerte que al fin de cada mes resultará publicado uno de los cuatro tomos de que consta la obra.—Sigue abierta la suscripción en las librerías de Cuesta, Ríos y Europea.